



Desmenuzando unos textos empapados de vida

*Un regalo que nos fortalece
para ser testigos en el mundo.*

El ciclo de las fiestas pascales termina con la solemne celebración conmemorativa del don del Espíritu Santo, Pentecostés. Gracias a nuestro conocimiento, aunque insuficiente, de la Sagrada Escritura, hemos aprendido que los fenómenos naturales que más impresionan al hombre (el fuego, el relámpago, el huracán, el terremoto, el trueno) se utilizan en la Biblia para narrar las manifestaciones del Dios vivo.

La palabra del Señor también utiliza imágenes fuertes para presentar la efusión del Espíritu Santo. La Biblia dice que es:

- a) **Aliento de vida** que en la historia de la creación se cierne sobre las aguas (Gn 1,2).
- b) **Lluvia** que riega y empapa la tierra, transformando el desierto en jardín (Is 32,15; 44,3).
- c) **Fuerza** que devuelve la vida (Ez 37,1-14).
- d) **Viento recio** que golpea abriendo caminos en el mar (Ex 14, 21)
- e) **Lenguas de fuego** que hacen arder el corazón (Hechos 2,1-3).

Todas estas imágenes vigorosas, sugieren la idea de una explosión de fuerza incontenible. Donde llega el Espíritu, se producen trastornos y transformaciones, caen barreras, se abren puertas y caminos, tiemblan las torres construidas por manos humanas, pero también, con la venida del Espíritu, el miedo y la pasividad desaparecen y se desarrollan

programas y opciones valientes.



Cuando nos sentimos insatisfechos y aspiramos a la renovación del mundo entonces podemos contar con el Espíritu: nada resiste su fuerza. Jesús prometió a sus discípulos que no los dejaría solos y que lo enviaría desde el cielo (Jn 14,16.26).

Pentecostés, en la Iglesia, es exactamente este memorial: celebramos el don del Señor resucitado a la comunidad de los creyentes. Al leer el pasaje de los Hechos nos asombramos de los numerosos **signos** que ocurrieron en aquel primero tal como se narra en el libro de los Hechos: truenos y viento impetuoso, llamas que descendían del cielo, los apóstoles hablando todas las lenguas. Nos preguntamos: ¿por qué el Resucitado esperó cincuenta días antes de enviar su Espíritu sobre los discípulos?

Según el evangelista Lucas, el descenso del Espíritu se produce el quincuagésimo día después de Pascua, sin embargo, el Evangelio de Juan cuenta que Jesús derramó el Espíritu en el momento de su muerte en la cruz (19,30) y, posteriormente, el día de su manifestación como el Resucitado (21,22).

Un único misterio pascual

¿Cómo se explica esta falta de acuerdo sobre la fecha? Me parece que la Liturgia de este día, refiriéndose a las palabras de Jesús, aclara que *el misterio pascual es único*. Así lo recoge, entre otros, San Jerónimo (Corpus Christianorum 78,550). Al relatar lo suce-

dido en el Calvario aquel Viernes Santo, San Juan dice que, inclinando la cabeza, Jesús *exhaló el Espíritu* (Jn 19, 30). ¿Por qué entonces Lucas presentó este misterio pascual único, sublime e inefable, como si hubiera sucedido en tres momentos sucesivos? Hizo esto para ayudar a comprender sus muchos aspectos. Juan situó la efusión del Espíritu en el día de Pascua, para mostrar que *el Espíritu es un don del Resucitado*. Lucas, sin embargo, lo sitúa en el contexto de la fiesta de שבועות/Shavu'oth (literalmente "semanas"), a la que los judíos de habla griega le dieron el nombre de πεντηκόστη (pentecostés).

Era una fiesta bíblica muy antigua que se celebraba cincuenta días después del Πάσχα/Pesaj (Pascua) a fin de conmemorar la llegada del pueblo de Israel al monte Sinaí. Todos recordamos lo que sucedió en ese lugar: Moisés subió a la montaña, encontró a Dios y recibió el don de *la Ley* (las diez palabras), para transmitirla a su pueblo. Los israelitas estaban muy orgullosos y agradecidos de este regalo. Se afirmaba en la tradición rabínica que, antes que a ellos, Dios se la había ofrecido a otros pueblos, pero la habían rechazado prefiriendo continuar con sus ídolos.

Para agradecer a Dios este regalo se había instituido esta fiesta. De ahí que, en el decir de san Lucas, el Espíritu descendió sobre los discípulos en este día, lo hacía a fin de indicar que la antigua Ley se había transformado en la nueva del amor fraterno (Jn 13, 34-35).





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 103, 1ab y 24ac. 29bc-30. 31 y 34 (R.: cf. 30)

Bendice, alma mía, al Señor:
¡Dios mío, qué grande eres!
Cuántas son tus obras, Señor;
la tierra está llena de tus criaturas.
Les retiras el aliento, y expiran
y vuelven a ser polvo;
envías tu aliento, y los creas,
y repueblas la faz de la tierra.
Gloria a Dios para siempre,
goce el Señor con sus obras.
Que le sea agradable mi poema,
y yo me alegraré con el Señor.

La Biblia celebra la belleza de lo creado con palabras evocadoras como pueden ser las del salmo 103. Todo manifiesta la hermosura de Dios puesto que *"Mil gracias derramando, pasó por estos sotos con presura, y, yéndolos mirando, con sola su figura vestidos los dejó de hermosura"*; es el testimonio hermoso de san Juan de la Cruz.

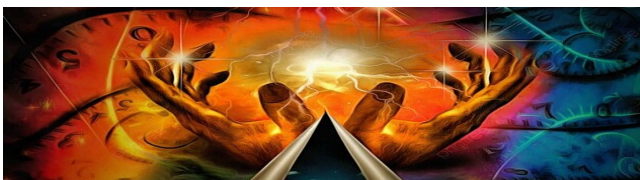
El Papa Francisco, en la encíclica *"Laudato Si"*, afirma que *«cuando contemplamos con admiración el universo en su grandeza y belleza, debemos alabar a toda la Trinidad»* (n. 238). Cuenta San Gregorio Magno, en *El libro de los Diálogos* (XXXV, 3), que San

Benito contempló en cierta ocasión, en el corazón de la noche y en un ambiente de oración, el mundo entero como concentrado en un solo rayo de sol. San Francisco de Asís, en las *"Alabanzas de Dios Altísimo"* y como fruto de su experiencia, confiesa admirado: *"Tú eres belleza"*.

En el centro del salmo 103 se encuentra el hombre junto con aquellos elementos de la naturaleza que aseguran su vida: el pan, el vino, el aceite. De Dios recibe un encargo: cuidar el jardín del mundo (Gn 2,15). Cultivar y proteger son, pues, los dos verbos que marcan la responsabilidad de los humanos frente a la creado.

Admirar la creación, contemplarla con espíritu de alabanza, utilizarla con mesura y equilibrio, respetar su esencia natural, es la mejor forma de colaborar con Dios Creador y de llevar adelante ese proceso ininterrumpido de la *"creación continua"* del universo. Es este el compromiso que brota de la Pascua/Pentecostés puesto que, con la resurrección de Cristo, comienza un mundo nuevo.

Una inscripción de la capilla de Adán, en el Santo Sepulcro de Jerusalén, proclama que el lugar donde fue plantada la Cruz se ha transformado en paraíso. Necesitamos el asombro de los niños para saborear el misterio de la creación y de la recreación, que ha sido llevada a cabo por la obra pascual de Jesús. El prefacio común IX nos ofrece unas pautas sabrosas para gustar este misterio.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo
Sancta Ovetensis

Domingo de Pentecostés "B"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Hechos de los apóstoles 2, 1-11

Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar... Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse.

san Juan 20, 19-23

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado... Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».